

pendiente de México. Hidalgo se apresuró á manifestar á los supersticiosos habitantes de Dolores, que los españoles conspiraban contra la religion: nada mas fué necesario para convertir á aquellos inocentes paisanos en otros tantos adversarios de la dominacion española. A la mañana siguiente, cerca de cuatro mil hombres se hallaban reunidos á las órdenes de Hidalgo, y marchaban sobre San Miguel el Grande; la poblacion no hizo resistencia, y hasta los regimientos de la reina, pasaron á las filas de los insurgentes: desde aquel momento, parecia que habia triunfado la causa de la revolucion mexicana. Sin embargo, aquel gran movimiento, no era mas que el principio de la guerra. Por algunos dias fué creciendo el torrente; ciudades, provincias enteras, se tomaron á los españoles; pero éstos volvieron prontamente de su sorpresa; organizóse la resistencia, y con ella comenzó una guerra séria y terrible, cuyo primer período terminó con la batalla de Calderon, y del cual, mis recuerdos, si se los manifiesto á vd. algun dia, ofrecerán á su vista las acciones y episodios mas memorables.

A esta relacion, que me dió á conocer el principio casi ignorado de la gran lucha, cuyo desenlace fué la libertad de Mé-

xico, siguieron algunos momentos de silencio. Habiamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *meson*. Di gracias al capitan Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde solo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Despues de haber empleado mas de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que habia llegado el momento de proseguir mi excursion hácia las costas meridionales de México. El capitan D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al dia siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgá-bamos juntos por el camino de Tepic.

El primer dia de camino fué silencioso. A la mañana siguiente, despues de haber hecho alto en una de esas pobres ventas

que son los paradores públicos de la América española, atravesamos el pueblo de Tequila, en donde se fabrica, con el nombre de *mescal*, un licor fuerte muy estimado en todo México, y que se extrae de la raíz de una especie de aloes. La tercera jornada fuimos á rendirla al pueblo de Ahuacatlan, en donde nos aguardaba una agradable sorpresa, bajo el techo de un frances, Mr. L... fundador de una fábrica de destilacion, que comenzaba á prosperar, gracias á su inteligente direccion. En la época en que pasamos por el pueblo de Ahuacatlan, aquella fábrica no contaba mas que dos años de existencia, y los primeros esfuerzos del aventurero especulador habian tropezado con un obstáculo tan original como desagradable en el fanatismo de algunos ignorantes. A los ojos de un mexicano todo extranjero es inglés, y todo inglés hereje. Así, pues, cuando Mr. L... llegó á establecerse en el país, algunos fanáticos de Ahuacatlan hicieron cuanto pudieron para desterrar del pueblo al huésped inesperado, cuyo contacto creían peligroso para sus compatriotas. Enredos, chismes, persecuciones de toda clase, nada se había perdonado para cansar la paciencia de nuestro compatriota y para decidir á

los habitantes de Ahuacatlan á rehusarle toda clase de auxilio. Felizmente el resultado de aquella oposicion engañó las esperanzas de los revoltosos. Los indios, contra su costumbre en tales casos, habian tomado partido por el hereje contra aquellos capataces, quienes desconcertados por tan imprevista resistencia, cedieron al fin. Desde aquella época Mr. L... era para la poblacion indígena de aquel lugar, objeto de una verdadera adoracion. No se habian contentado con ayudarlo en sus primeros trabajos de explotacion, sino que lo distinguian con las mas delicadas atenciones, y como testimonio de su filial reconocimiento, los indios habian convertido en un delicioso jardin la roca en que se habia edificado la fábrica de destilacion, entregándose para ello á los trabajos mas fuertes.

Pasamos todo el dia en aquella hospitalaria habitacion. En el centro de aquellos terrenos perfectamente cultivados, gracias al celo desinteresado de los indios, Mr. L... nos refirió la curiosa historia de su lucha con sus opositores de Ahuacatlan. Allí fué tambien donde creí de mi deber recordar á mi compañero de viaje, una promesa hecha antes de nuestra salida de Guadalajara. D. Ruperto me de-

bia la continuacion de su confesion militar. Los recuerdos de la guerra de independencia, tenian para Mr. L.... el mismo atractivo y novedad que para mí, y uniendo sus instancias á las mias, decidimos al antiguo partidario á comenzar, en medio del mas profundo silencio, una de esas relaciones que mas de una vez habrian divertido á sus compañeros de armas en las veladas nocturnas, ó abreviado sus marchas en el desierto.

I.

Hay en la vida de los guerreros dias ó sucesos que no se olvidan, nos dijo gravemente el capitan, despues de haber encendido un cigarro y atuzado sus vigotes canos. No les citaré á vdes. de mi primera campaña mas que dos aventuras, dos episodios que la reasumen en mi memoria. Una noche que pasé en la *hacienda de la Barranca del Salto*, inmediata al llano de Calderon, y un viaje de pocos dias que hice del Saltillo á Monclova, me revelaron la guerra bajo un aspecto tal, que los mas terribles combates no me habian descubierto.

La primera de estas aventuras se remonta á los dias que siguieron inmedia-

tamente al levantamiento provocado con tanta audacia por el cura de Dolores. Era el mes de Diciembre de 1810. La naciente insurreccion se hallaba en toda su fuerza, y no se presentaron pocas ocasiones en que reconocí cuán crueles instintos se mezclaban á las pasiones generosas en aquellas primeras horas de la lucha. Alistado en la bandera de la independencia, y habiendo llegado á comandante de un escuadron de *rancheros*, fuí herido en una escaramuza en las inmediaciones del puente de Calderon. Dispersóse mi tropa, y obligado á entrar á Guadalajara, lancé mi caballo por lugares desiertos, con el fin de apartarme de los caminos frecuentados y peligrosos. Desgraciadamente me sorprendió la noche cuando me faltaban aun diez leguas para llegar á la ciudad. Me encontraba en el inmenso llano, en donde mas tarde debian obtener los españoles una victoria tan sangrienta. Mi herida, aunque ligera, habia cambiado en una debilidad dolorosa el cansancio que resulta siempre de un combate. Mi caballo caminaba con suma fatiga. Espesas nubes cargadas de electricidad cubrian el cielo, y el viento que precede á las tempestades hacia inclinar las frondosas copas de los árboles del Perú. Pocos mo-

mentos despues, enormes gotas de agua caian en las malezas, y algunos relámpagos arrojaron luces siniestras en medio de las tinieblas que me rodeaban. Entonces reconocí que me encontraba á poca distancia de una de esas *haciendas* arruinadas y desiertas, que desde el principio de la guerra servian de refugio á los destacamentos de los dos ejércitos. Sintiéndome demasiado débil para poder continuar mi camino, resolví, á pesar de los riesgos que me rodeaban, dirigirme á la *hacienda*, cuyos muros almenados comenzaban á dibujarse distintamente en el cielo. Nada en aquel recinto silencioso y sombrío parecia indicar la presencia de un sér humano. En pocos minutos atravesé una barranca, en donde se oia el ruido de un torrente, formado por las últimas lluvias, y me encontré delante de la puerta de la casa abandonada, en donde debia encontrar una posada aquella noche: era la *hacienda de la Barranca del Salto*.

Los preparativos de mi instalacion fueron muy cortos; despues de haber lanzado mi caballo enfrenado al patio de la hacienda, desmonté, sin dejar de quejarme por los dolores de mi herida, que comenzaba á entorpecer mis movimientos, y sobre todo, maldiciendo á los pícaros

que me habian puesto en tan horrible estado. Con pasos vacilantes, y muy fatigado, conduciendo por el cabestro á mi caballo, procedí á inspeccionar el patio en que me encontraba: éste parecia una especie de *liza*, rodeada por tres lados de arcos de mampostería medio arruinados; por todas partes, debajo de aquellos arcos, habia puertas sin hojas. En medio del patio, algunos tizones casi apagados, atestiguaban que otros viajeros, pocos momentos antes, habian atravesado por aquel lugar. Mi primer movimiento fué reunir los tizones, y avivar como pude el fuego que aun no se apagaba en el fondo de la hoguera improvisada. Até en seguida mi caballo á uno de los pilares que sostenian los arcos, y teniendo en una mano un tizon inflamado, y en la otra una pistola, entré vacilando á un pasadizo, que parecia comunicaba con la habitacion de los antiguos propietarios de la *hacienda*. El pasadizo me condujo al segundo patio, arruinado mas que el primero, y en el que se percibia ese hedor infecto que reina en los campos de batalla cuando no se tiene cuidado de sepultar los cadáveres. Dos de éstos yacian en aquel patio, apenas ocultos entre un monton de escombros; no quise avanzar mas, sino que re-

trocedí, y atravesando por segunda vez el pasadizo descubrí una puerta, cuya cerradura me apresuré á forzar. Entré en una sala cuadrada y espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas con tablas agujeradas por las balas, ó destrozadas por las bayonetas. Allí fué donde resolví establecerme lo mas cómodamente posible. Algunos muebles hechos pedazos se hallaban amontonados en un rincon, y podían servirme de lecho. No me restaba mas que ir á buscar mi caballo para que participase de un nuevo abrigo, y me disponia á salir, cuando un tiro de fusil hizo vibrar los sonoros ecos de la casa desierta. Una bala que silbó al mismo tiempo á mis oídos, me advirtió que era á mí á quien atacaban. No aguardé una nueva agresion, y me precipité fuera de la sala hospitalaria. Apenas llegué al primer patio, desgraciadamente tropecé con un monton de piedras, escapóse de mi mano la pisiola, así como el tizon que me alumbraba, y sin perder tiempo en buscar mi arma en la oscuridad, me dirigí á tientas al lugar en donde habia dejado mi caballo. Allí me esperaba un nuevo contra tiempo: el animal habia desaparecido, y con él el resto de mi equipaje, mi lanza, un sable, y la segunda pistola. Me halla-

ba, pues, solo, sin armas y herido, á merced de mis desconocidos enemigos. No me restaba mas que salir de la *hacienda*, en donde un agresor misterioso podia de un momento á otro, enviarme una bala mejor dirigida que la anterior. Con mucho trabajo conseguí salir de aquel maldecido lugar, y vencido por el cansancio, me tiré á la sombra de un *mezquite*, al borde del abismo, desde donde subia hasta mis oídos mas y mas tremendo el ruido del torrente, mezclado con el de la tempestad.

Habia pasado muchas noches á cielo raso, expuesto al viento y á la lluvia, conocia todas las voces quejosas ó terribles, que se escuchan en medio de las soledades, durante una tempestad; pero los murmullos que aquella noche llegaron hasta mis oídos, á la orilla de la *barranca*, no se asemejaban, ni á los silbidos del viento, ni al ruido de la tempestad. ¿Acaso era yo el juguete de una alucinacion febril? Me parecia que escuchaba voces humanas, gritos de heridos ó de moribundos, que dominaban la salvaje armonía de la catarata. Aquellas voces extrañas subian del fondo de la *barranca*; por el lado de la *hacienda* eran otros rumores, como el que produce una reunion de caballos y el choque de armas. ¿De dón-

de provenian aquellos ruidos siniestros? ¿Me encontraba yo en un campo de batalla, en medio de otras víctimas de la guerra civil? ¿Algunos pasos de distancia, se verificaba acaso alguna matanza nocturna? ¿o bien, como creí al principio, la fiebre causada por mi herida iba cambiándose en delirio? Poco á poco cedí á mi débil sueño, mecido por los mil confusos rumores, que en vano trataba de explicarme. Un grito de angustia, mas terrible que los demas, no tardó en despertarme, y decidido á luchar contra la soñolencia en que me habia sumergido el cansancio y la fatiga, hice un esfuerzo para permanecer sentado, apoyado en el árbol que me servía de abrigo. Redoblaba lo tempestad, y el follaje del mezquite acababa de ceder al aguacero, dejándome expuesto á las inclemencias del cielo. Enormes y tibias gotas inundaban mi frente; y no sé que olor de sangre se exhalaba á mi derredor: miré mis manos, y me pareció que un líquido rojizo se mezclaba á la lluvia que las humedecía. En fin, una ráfaga mas impetuosa que las anteriores pasó por el campo, y el *mezquite*, bajo el cual me hallaba acostado, tronó ruidosamente, y sentí que se estremecieron sus raices en el suelo. Una rama

muerta cayó de la cima del árbol, y una masa negra rodó á mi lado; alargué maquinalmente mi mano, y al momento la retiré, arrojando un grito de horror; mis manos acababan de cojer una cabellera húmeda y viscosa. En el instante me paré, á pesar de mi debilidad, y con la vista clavada en la cima del árbol, aguardé que algun relámpago arrojase su luz siniestra en medio de las ramas, que se inclinaban gimiendo sobre mi cabeza. Todo me lo expliqué entonces. De cada una de las ramas del *mezquite* pendia una cabeza sangrienta, testimonio de la crueldad de los españoles. El árbol, bajo el cual habia yo buscado un abrigo, era uno de esos monstruosos trofeos, que el salvaje furor de los soldados de Calleja multiplicaban nuestros campos. No pude contemplar por mucho tiempo aquella horrible pirámide de restos humanos; creí reconocer entre aquellas horribles cabezas las facciones de algunos compañeros de armas, y caí desmayado.

Aquí interrumpió el capitán su relacion; habia observado en el rostro de Mr. L.... una expresion de duda, y añadió, despues de un momento de silencio, volviéndose hácia mi incrédulo compañero:

—¿Cree vd. tal vez que le estoy refi.

riendo un cuento? Desengáñese vd. Desde que habita en la República ha de haber vd. encontrado mas de una vez, algunos árboles cargados de cruces de madera. Pues bien, en lugar de cada uno de esos fúnebres emblemas, habia antes la cabeza de un insurgente. En el Bajío, sobre todo, esos árboles, que sostienen frecuentemente, cincuenta ó sesenta cruces, recuerdan el principal teatro de nuestras luchas revolucionarias. A los españoles pertenece la idea de esas sangrientas exhibiciones; pero concluimos por mejorarles su invencion, supuesto que á nuestro turno clavamos en las ramas de los árboles millares de cabezas, y éstas no fueron reemplazadas por cruces expiatorias. Como vd. ve, fué una guerra espantosa la que provocó el atrevido cura de Dolores.

No sé cuánto tiempo permanecí al pié del mezquite. Cuando recobré el conocimiento, me alejé apresuradamente de aquel árbol que sostenia ramas sangrientas. La lluvia continuaba, pero la tempestad habia calmado. Me arrastré por el suelo húmedo, y fuí á acostarme á algunos pasos de distancia, en una especie de lecho natural, formado por las rocas que rodeaban el torrente; pero allí tampoco debia encontrar el reposo. Un ruido de

pasos me hizo levantar inmediatamente la cabeza, y distinguí á lo lejos la luz de una antorcha que parecia acercarse á mí. Pocos momentos despues llegó hasta mis oidos una carcajada extridente que despertó los ecos del llano, y el viento me trajo algunas palabras extrañas, que parecian producidas por la boca de un loco: ¡eh! ¡eh! ¿alguno de mis corderos se habia escapado de la matanza? Espérame, hijo, espérame, ya voy. En menos de dos minutos, el hombre que habia proferido estas palabras, se encontró algunos pasos de distancia del lugar en que me encontraba, é inmóvil, cubriéndome con mi capa, observé en silencio una figura con quien desde aquella noche he soñado frecuentemente, mezclada con las mas siniestras apariciones. El hombre que parecia buscarme, como un verdugo busca una nueva víctima, caminaba vacilando, con un paso en que se descubria fácilmente la embriaguez. Con una mano sostenia una antorcha, y con la otra blandia una de esas largas espadas de dos filos, que se emplean en las corridas de toros. Yo procuraba contener hasta mi respiración, sin perder uno solo de sus movimientos. Aquel hombre, á pesar de la lluvia, se acercaba sin chaqueta ni capa, solo con

un pantalón muy ancho, estrechamente sujeto á la cintura. Cubría su rostro una espesa barba: era de elevada estatura, y su camisa, húmeda y ensangrentada, marcaba sus robustas espaldas. Sus ojos brillantes y la feroz expresión de su fisonomía, me hacían creer en una aparición diablólica. Estaba tan próximo, que el aire que hizo con su espada llegó hasta mi frente. En aquel instante encomendé mi alma á Dios: acababa de descubrirme, y arrojó un bramido parecido al rugido del chacal.

—¡Ah! ya está aquí el que se me había escapado! ¿Quién eres, amigo, que huyes de la presencia del torero Marroquin?

—Un capitán de insurgentes herido, señor Marroquin, exclamé, y que implora su auxilio; ya sé que es vd. de los nuestros.

—Tiene vd. mucho derecho á mi compasión, hijo mío, contestó el torero, que avanzaba con la espada levantada.

—Señor Marroquin, creo que no será vd. capaz de degollar á un amigo y compañero de Hidalgo.

—Escucha, amigo: has de saber que no he degollado esta noche, en la *Barranca del Salto*, mas que doscientos amigos de Hidalgo. Amigos de Hidalgo, ¿compre-

des? Esos doscientos españoles decían como tú, que eran amigos del general, lo cual no ha impedido que. ¿Crearás que aun tengo sed? El aguardiente puro no embriaga tanto como la sangre.

Yo escuchaba estremeciéndome á aquel insensato; le suplicaba, pero en vano, que me perdonase la vida: el torero bailaba á mi derredor, tan pronto riéndose, tan pronto llorando ruidosamente. Quise hacer el último esfuerzo para librarme de la muerte que me reservaba; pero con una mano me tiró al suelo y apoyó una rodilla en mi pecho. Sentíme clavado en el suelo por aquella mano de hierro. Esperaba el golpe fatal, cuando, gracias á mi santo patron, á quien había invocado ardentemente, aparecieron varias luces en el campo, corriendo de un lugar á otro con tanta viveza, que los que las conducían debían ir probablemente á caballo.

—Señor Marroquin, exclamé, vd. se arrepentirá de mi muerte; concédame vd. la vida; Hidalgo se lo agradecerá á vd.

—Mas me agradecerá el haber pasado á cuchillo esta noche á doscientos españoles. ¿Qué quieres? cuando se han degollado doscientos hombres, no puede uno detenerse. . . . Es preciso degollar, y degollar.

Seguramente habia llegado mi última hora, cuando unos gritos y el ruido de caballos, mas y mas distintos, hicieron vacilar á Marroquin. Era á mí á quien llamaban: ¡D. Ruperto! ¡Castaños! ¡D. Ruperto! El instinto de la conservacion cuando iba á terminar mi vida el torero ébrio, se despertó en mí mas enérgico que nunca. Con un movimiento violento me desprendí de las garras de fierro de mi terrible adversario, y respondí en voz alta con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Por aquí! ¡auxilio! ¡favor á Ruperto Castaños! Sin embargo, el robusto torero, á quien habia visto paralizar con mano poderosa los esfuerzos de los toros en las plazas, me venció de nuevo, cuando un caballero que llevaba una rama de pino inflamada, llegó al galope hasta donde estábamos. Con el encuentro del caballo dió tan violento golpe al miserable que me oprimia, que éste rodó por el suelo como una piedra, y solo un prodigio de destreza de mi salvador, impidió que fuese yo machucado por las patas del caballo.

—¡Ah! ¡pobre Castaños! parece que llego á buen tiempo, exclamó una voz que reconocí por la de mi antiguo amigo, el contrabandista Albino Conde.

Aunque alistado entre los insurgentes,

aquel afectuoso compañero, no habia interrumpido su antiguo oficio; era medio bandido y medio guerrillero. Habeis establecido su cuartel general en la hacienda arruinada, y sus gentes tenian orden de impedir que penetrase en ella persona alguna. Un soldado de la banda, en ausencia de Albino, habia querido ejecutar aquella orden, disparando sobre mí y tomando mi caballo. Cuando volvió Albino, le entregaron unos papeles encontrados en las pistoleras de la silla de mi caballo. Entre ellos se hallaba mi despacho de capitán de *rancheros*. Albino temió al momento que mi vida estuviese en peligro, y se puso en camino. Cuando concluyó su relacion le dí las gracias por su oportuna intervencion: el contrabandista acercó su antorcha al cuerpo, al parecer inanimado, del torero.

—No puede ser, sino Marroquin, dijo con disgusto. ¡Oh! venga vd. conmigo, y verá su obra nocturna.

Apoyado en el brazo de Albino me dirigí á los bordes de la barranca. Uno de los soldados del contrabandista descendió al fondo de ella, y paseó la antorcha por todas sus anfractuosidades. Montones de cadáveres cubrian el suelo.

—Es preciso confesar que esta es la

obra de Hidalgo, me dijo Albino en voz baja. En atencion á la denuncia que le hicieron de una conspiracion urdida, segun pretenden, entre los españoles de Guadalupe y un fraile carmelita de San Diego: Hidalgo, de su propia autoridad, condenó á muerte á los conjurados y los mandó aquí de noche, en silencio, atados de piés y manos. El torero Marroquin es el ejecutor de esas sentencias; á él le entregaron los prisioneros. Se numeran hasta el dia setecientos, poco más ó menos, degollados de esta manera. Todos murmuran contra el hombre que ha decretado esta matanza. Yo me he librado de su dominacion . . . Pero venga vd. conmigo, porque tengo otras cosas que comunicarle.

Antes de seguir al contrabandista, dirigí una mirada á las víctimas de aquella espantosa matanza, y entonces me expliqué los rumores extraños y siniestros que habia oido una ó dos horas antes. Apoyado en el brazo de Albino, me dirigí á la *hacienda de la Barranca del Salto*. En lugar de entrar por la puerta principal, Albino me hizo rodear por el laberinto arruinado, y me introdujo por una brecha á las espaciosas dependencias de aquella casa desierta. Una puerta secreta nos dió entrada á un vestíbulo, en el cual

habia muchos cuartos, en cada uno de los cuales habian podido dormir cómodamente ochenta hombres. Un patio inmediato servia en aquel momento de caballeriza á los caballos de los intrépidos soldados alistados á las órdenes de Albino.

—Ya vd. ve, me dijo Albino, que el virey Venegas no está mejor alojado que yo. Nadie vendrá á turbarme en este lugar. El soldado que disparó sobre vd. ha faltado á su consigna, y en consecuencia, será castigado. No recibimos, ni debemos recibir á balazos á los viajeros que buscan un refugio en esta hacienda arruinada. Les hacemos pagar una contribucion cuando se presentan, y eso por toda clase de medios, menos vulgares y peligrosos que un asesinato. Yo soy un jefe independiente, y sorprendo cuanto convoy pasa, sin dar cuenta á nadie de mis operaciones.

Felicité al antiguo contrabandista. Albino juzgaba sanamente del estado de los negocios: conocia las disposiciones de muchos insurgentes dispuestos á sacudir el yugo de Hidalgo: preveia que el cura rebelde tendria muy pronto alguna catástrofe. Así, pues, queria vivir solo con su guerrilla, y conducirla como mejor le pareciese. Resistí, sin embargo, á sus instancias, y no quise pertenecer á aquella

reunión, obligada á sostenerse del pillaje. Profesaba yo á dos de los capitanes de Hidalgo, Abasolo y Allende, un afecto verdaderamente filial. No insistió Albino, y viéndome resuelto á no abandonar á mis jefes, se contentó con ofrecermé por algunos dias la hospitalidad, en lo que llamaba su *palacio*.

En aquel momento apareció una jóven conduciendo en sus brazos á un niño dormido. Aquella muger jóven y hermosa, era la compañera de Albino; llamada por su marido iba á curar mi herida. Pasé cerca de un mes en la *hacienda del Salto*. Al cabo de este tiempo, me encontré completamente restablecido. Los generales españoles caminaban á marchas forzadas hácia Guadalajara; habia llegado la hora de entrar en campaña. Marché, pues, á reunirme con mi compañía á Guadalajara, y tomé parte pocos dias despues de mi llegada, en la batalla del puente de Calderon, en donde las masas indisciplinadas del ejército de Hidalgo se estrellaron contra seis mil españoles. Despues de la derrota, la propia *hacienda del Salto* fué la que me ofreció un refugio. Los restos del ejército insurgente se habian retirado al Saltillo. No se podia, pues, permanecer en las inmediacio-

nes de Guadalajara. Los ochenta hombres de Albino fueron á incorporarse á los diversos destacamentos reunidos en el Saltillo. Entra la *hacienda del Salto* y aquella poblacion, se estableció desde entonces un sistema de correspondencia que me tuvo al corriente de los últimos sucesos de la guerra. Así fué como supe que Hidalgo, Abasolo y Allende habian abdicado el poder y se habian puesto en camino para Monclova, desde donde debian dirigirse al territorio de los Estados- Unidos. Entences resolví proseguir la campaña con los restos de mi compañía. Queriamos á cualquier precio eternizar la guerra, no obstante la terrible derrota de Calderon, y en pocos dias nos hallamos reunidos algunos de mis valientes partidarios, que nos colocaron á Albino y á mí á la cabeza, en un campamento situado á poca distancia de una casa de campo perteneciente al gobernador de la provincia de Coahuila. Durante las últimas jornadas de una guerra prematuramente comenzada, pasó el segundo episodio que me hizo conocer, bajo un nuevo aspecto, las revoluciones, cuyos horrores habia creído descubrir hácia un mes.

II.

La noche del mismo día en que nos llegó la triste noticia de la partida de nuestros jefes para Monclova, nos hallábamos en nuestras tiendas, decididos á vender nuestras vidas. Como todo el país estaba por nosotros, á excepcion de algunos lugares, cuyos habitantes se hallaban contentidos por la presencia de algunos destacamentos españoles, verificábamos nuestras correrías sin gran riesgo, procurando no obstante, tomar las mayores precauciones para evitar las sorpresas. A considerable distancia de las fogatas que encendíamos de trecho en trecho, vigilaban nuestros centinelas los alrededores de nuestro campo. En frente de una de aquellas hogueras conversábamos Albino y yo, de la próxima partida de los jefes de la insurreccion, y deliberámos sobre el partido que debíamos tomar, cuando uno de nuestros soldados llegó á sentarse á nuestro lado. Era un anciano mestizo, muy vigoroso á pesar de sus cabellos blancos, y que á la agilidad de un joven, reunia la experiencia de un viejo. Aquel hombre, á quien se daba el significativo sobrenombre de *Vista doble*, parecia en efecto do-

tudo de segunda vista. Ninguna huella marcada en la arena se le escapaba, y ninguna pista perdía; parecia que los mas ocultos pensamientos tomaban cuerpo ante su milagrosa penetracion. Un hecho, que creo debo referir á vdes., habia establecido sobre las bases mas sólidas aquella reputacion de *adivinator*, de que con justicia se vanagloriaba el anciano *Vista doble*.

Era un cazador intrépido, y como debien vdes. suponer, raras veces eran infructuosas sus excursiones. Antes de formar parte de nuestra compañía, *Vista doble* vivia siempre solo. Con excepcion de algun viajero extraviado, que de cuando en cuando llegaba á pedirle asilo por una noche, nadie ponía un pié en la cabaña que habia construido en el desierto. ¿Qué hacia en los intervalos de sus correrías? Eso es precisamente lo que todo el mundo ignoraba. Un día que se hallaba ausente le robaron un cuarto de venado, que habia colocado en una estaca á la puerta de su cabaña, para que se ablandase con el rocío de la noche. *Vista doble* comenzó á buscar al ladrón, que Dios solamente habia podido ver. Despues de haber observado cuidadosamente el terreno alrededor de la estaca, se puso en

marcha: anduvo por largo tiempo, al fin Vista doble encontró dos individuos á caballo, y les preguntó si no habian visto á un hombre blanco, ya viejo, de corta estatura, que llevaba una carabina pequeña, é iba acompañado de un perrillo sin cola. Al oír la respuesta afirmativa de uno de ellos, de que efectivamente habian encontrado á la persona que designaba con tanta exactitud, Vista doble les dijo que era un pícaro, que le habia robado un cuarto de venado, y que si lo hubiera visto ejecutar aquella acción, lo habría castigado fuertemente.

Pero si no lo sorprendió vd. en flagrante delito, dijo uno de los de á caballo, ¿cómo dá vd. una filiación tan exacta?

—Escúcheme vd., contestó el mestizo, y se convencera de que no me engaño. Sé que el hombre es de corta estatura, porque para descolgar el cuarto de ciervo que estaba colocado al alcance de la mano de un hombre de una estatura ordinaria, se vió obligado á subirse á unas piedras que encontré amontonadas en el lugar en que se hallaba clavada la estaca. Sé que es blanco, porque ví en la huella de sus piés, marcada entre las hojas secas, que marcha con piés torcidos hácia afuera, de la manera opuesta al modo

en que lo verifican los indios. Conozco que es viejo, por sus pasos desiguales y pequeños. Adiviné que su carabina era pequeña, porque encontré en la corteza blanca de un abedul tierno, la señal del cañon de su arma que apoyó contra el tronco, para tener sus dos manos libres. La señal de las patas de su perro, anuncia evidentemente el tamaño del animal, y en fin, de la marca que dejó en el lugar en que estuvo sentado, mientras su amo descolgaba mi carne, concluí que el perro no tenía cola.

En seguida el mestizo prosiguió su camino, dejando á los dos de á caballo maravillados de su extraordinaria sagacidad.

La noche á que me refiero, Vista doble llegó como les he dicho á vdes., á mezclarse en nuestra conversacion, cerca de la hoguera, en frente de la cual nos hallábamos sentados Albino y yo. El mestizo se encontraba tan sombrío y taciturno como de costumbre; pero parecia inquieto, como lo está un perro de caza al conocer por su olfato que se halla próxima alguna bestia feroz.

—¿Qué tiene vd., amigo? le preguntó el contrabandista. ¿Descubre vd. por el olor alguna pista? ¿Acaso se hallan cerca los tamarindos?